

METAS:

EL DERRUMBE DEL PRI

HE HECHO la máxima alabanza del PRI al sostener que nació de auténticas necesidades nacionales y que prestó eminentes servicios al país; que por eso, todos los mexicanos debemos recordar admirados a su inventor Plutarco Elías Calles y a los dirigentes que lo sucedieron hasta hace, digamos, unos dieciocho o veinte años. En más de una ocasión, sin embargo, he sentido la obligación de afirmar que el PRI ha acabado por convertirse en una de nuestras peores calamidades, hasta el grado de ser hoy el problema número dos en importancia, gravedad y urgencia.

Las principales virtudes que le colgué al PRI fueron las de haberse constituido en un partido nacional, revolucionario, predominante y semi-oficial. Lo primero, por dársele así el campo máximo de acción; lo segundo, porque esa acción nacional se encaminaba a cumplir las metas renovadoras de la Revolución; lo tercero, porque representaba un consenso general acerca de esas metas y de los modos mejores para alcanzarlas; en fin, porque un partido político convertido en gobierno es el único que en los terrenos de la ley y de la realidad puede operar esos cambios.

CADA una de esas virtudes se ha transformado con el tiempo en vicio. Lo de "nacional" ha degenerado en la sicología de los famosos espadachines don Juan y don Luis (M.), que pensaban que este mundo tan ancho era incapaz de contenerlos a ambos. Tal sicología se refleja desde luego en el artificio de mantener dos paleros a

los que llama partidos nacionales opositores; en una obstrucción de mala ley al único partido verdaderamente independiente, y sobre todo en una ley electoral ideada para hacer prácticamente imposible la formación de nuevos partidos políticos.

EN LOS cuarenta y un años del PRI, la población de México, a más de multiplicarse mucho, ha variado enormemente en su composición. Los transportes y las comunicaciones le han dado una movilidad que antes no tenía; la educación ha mejorado su entendimiento del país; el éxodo de la población rural a los centros urbanos ha creado un nuevo tipo humano, que remacha la apertura de ocupaciones distintas de la rutinaria del campo.

Todo esto ha rebajado el predominio numérico y político de las organizaciones obrera y campesina, de las que el PRI recibió su mayor apoyo inicial. El propio Partido lo reconoció al crear un tercer grupo de adherentes, al que llamó sector "popular", pero que no ha bastado para que se le siga considerando como un partido verdaderamente representativo de todos los grupos sociales del México actual. Ha de agregarse que la organización campesina ha resultado una masa inerte cuyo nombre y representación usan a su antojo líderes deshonestos. La organización obrera ha crecido numéricamente, pero como ha renunciado a una acción política y sindical independiente, se ha convertido en siervo oficial. Por último, el PRI jamás se ha esforzado en captar a los "intelectuales", grupo poco numeroso, pero importantísimo porque su oficio es comunicar al público sus opiniones y sus sentimientos.

Además, el PAN le ha restado fuerza al PRI, no tanto porque le ofrezca al ciudadano un programa más tractivo, sino porque le da ocasión de votar en contra del partido oficial. Y por si algo

faltara, está el aumento impresionante del número de ciudadanos que se abstienen de votar.

POR UNA parte su legítimo éxito electoral inicial, y, por otra, la pérdida progresiva de su fuerza auténtica, han conducido al PRI a concentrar sus esfuerzos, no en el programa y ni siquiera en sus candidatos, sino en crear un gigantesco mecanismo succionador de votos, y acude sin vacilar, en caso necesario, al fraude para alcanzar la victoria nominal de sus candidatos.

SI BIEN es verdad que la Revolución Mexicana careció de un programa claro, no puede abrigarse duda alguna de que su principal propósito era crear una sociedad en que las desigualdades desaparecieran hasta el máximo humanamente posible. Ningún observador honesto puede dejar de reconocer que ese supremo propósito se fue abandonando desde hace unos treinta años, aunque de palabra se siga proclamando todavía que hacia él se encaminan todos los esfuerzos del gobierno y del Partido.

¿Quién es el verdadero causante de este cambiazó, el gobierno, el Partido, o ambos? Por supuesto que el gobierno, verdadera y única nodriza del PRI; pero éste tiene que cargar con la responsabilidad de no haber intentado jamás enderezar las cosas. Lejos de eso, se ha visto recientemente el increíble espectáculo del presidente del Partido sirviendo de introductor de embajadores de un grupo de conocidos capitalistas para presentarlos al nuevo candidato presidencial.

ESTOS son los principales vicios de fondo del PRI, pero el que más resiente el público, y el que le ha costado el más general e

intenso de los desprestigios, es la alquimia electoral que usa para sacar de la chistera a sus candidatos.

La teoría es inobjetable: para cada puesto de elección popular los miembros del Partido compiten libremente, y aquel que obtiene el mayor número de sufragios en la convención municipal, distrital, estatal o nacional, se convierte en el candidato del Partido, y todos sus miembros votan por él y lo apoyan hasta llevarlo al triunfo.

Este juego limpio y transparente, estimulante y que atrae a todo ciudadano consciente, ha sido sustituido por la cábala bautizada con el nombre engañoso de "auscultación". La tal auscultación la hacen de verdad círculos cerrados de políticos profesionales que no pasan de una media docena de personas, y que en el caso más reciente y sonado se redujeron a los tres jefes aparentes de los sectores del PRI.